

Mensaje del Dr. Enrique Ruelas Barajas en la ceremonia de inauguración del CLI año académico e inicio de la celebración del CL año de la fundación de la Academia Nacional de Medicina de México

Celebración

*Tiempos que concurren
historia del presente que encuentra su pasado
remoto crujir de yerbas en la tierra
caminante*

*futuro del pasado
presente del futuro
agua que fluye sin retorno
distante*

*hoy ocurren y concurren
presente eterno
tiempos de reloj de estalactita
constante...*

Toda celebración es una conjunción de tiempos en un momento deliberadamente acordado: pasado, presente y futuro. En la Academia Nacional de Medicina hemos transitado a través de la historia hasta llegar a la conmemoración de los 150 años desde nuestra fundación, el 30 de abril de 1864, y hoy se inicia nuestro centésimo quincuagésimo primer año académico. Ambos acontecimientos son motivo de celebración, pero, como debe ser también en estas ocasiones, son razón para la reflexión.

Sra. Secretaria de Salud, Dra. Mercedes Juan López, representante personal del Presidente de la República, Lic. Enrique Peña Nieto,

Dr. Leobardo Ruiz Pérez, Secretario del Consejo de Salubridad General,

Dr. José Narro Robles, Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México,

Muy distinguidos miembros de la Mesa de Honor, Señores Académicos Honorarios, Presidentes de Departamento, Miembros de la Mesa Directiva,

Señores ex Presidentes de la Academia Nacional de Medicina,

Señores ex Secretarios de Salud,

Distinguidos invitados especiales,
Estimadas y estimados Académicos,
Señoras y señores:

Ante la inminencia de este doble acontecimiento, me he preguntado cuál debería ser el papel de la Academia Nacional de Medicina de México en el mundo del que todos somos hoy protagonistas. Para responder, convendría hacer el intento de descifrar el tiempo que nos pertenece y atisbar el que vendrá. Permítanme hacerlo a manera de atrevimiento intelectual.

He de argumentar que muy probablemente vivimos uno de los momentos más dinámicos, y en consecuencia inciertos, de toda la historia de nuestra especie. Y también he de decir que ello resulta fascinante y simultáneamente preocupante.

No tengo duda de que en cualquier época es posible encontrar importantes signos de cambio. No obstante, tal vez lo diferente en la nuestra no sea el cambio mismo, sino sus contenidos, sus posibles consecuencias y su velocidad.

Imaginemos a nuestros fundadores en 1864, reunidos por primera vez en el Museo Nacional, en la calle de Moneda, 13, sin luz eléctrica, sin teléfonos, sin vehículos automotores ni aéreos, por supuesto sin computadoras y, mucho menos, dispositivos móviles de comunicación. Este escenario pudo haber sido el mismo en el Medioevo o en el Renacimiento en cualquier parte de Europa o de Oriente. Nada en este proscenio podría haber sido diferente a través de los siglos. Ninguna mujer estaba presente en aquella ocasión porque ninguna mujer podría haber sido médica entonces. Los médicos mexicanos formados en el Establecimiento de Ciencias Médicas, creado en 1833, que 10 años después se llamaría Escuela Nacional de Medicina, habían estudiado en textos en francés y unos cuantos en español. No hablaré de los conceptos y técnicas aprendidos, que, evidentemente, distan ya enormemente de lo que hoy sabemos. Pero queden estos cuantos rasgos solamente para ilustrar el contraste

Mensaje leído el 5 de febrero de 2014.

que, al día de hoy, no podría ser mayor a los ojos de cualquiera de ellos si fuesen capaces de resucitar. Más aún, habría que decir que, además de las diferencias intrínsecas de cada momento, ayer y hoy, el gradiente de cambio de conocimientos y tecnologías no tiene comparación posible con cualquier etapa anterior.

A lo largo de todos los años desde nuestra fundación, la Academia ha dejado huella en el saber, en la formación de nuevas generaciones, en las instituciones, a través de otros múltiples legados y en su proyección internacional. Baste mencionar que durante este periodo han pertenecido a nuestra corporación 16 premios Nobel, y que los restos de cuatro de nuestros miembros reposan en la Rotonda de las Personas Ilustres: Gabino Barreda, Ignacio Chávez, Francisco Montes de Oca y Arturo Rosenblueth. Así, la Academia ha llegado al presente dejando un surco profundo.

Si hemos de reflexionar ahora sobre el papel de la Academia Nacional de Medicina a 150 años de su fundación, es indispensable establecer, igualmente, algunos rasgos de estos primeros años del siglo XXI y asomarnos, con cautela, a lo que podría ser el ocaso de éste. Permítanme compartir algunas reflexiones a manera de pretexto para estimular lo que ustedes seguramente enriquecerán con sus propias experiencias y cavilaciones.

Si hubiese que caracterizar y tratar de descifrar este tiempo nuestro, podría utilizar unas cuantas palabras a manera de piedra Rosetta: instantaneidad, superficialidad, laxitud, globalidad, «hiperinformación» producto de la «hipercomunicación» y, por supuesto, «hipertecnologización» (neologismo inevitable que va de la mano del gradiente de cambio). No exploraré cada uno de estos términos ni tampoco los enormes cambios científicos en los que cada uno de ustedes es experto. Me quedo sólo con aquellos que parece que empiezan a tener un gran impacto cultural y social.

Al analizar estos temas, me he encontrado con visiones que parecieran consensuadas entre quienes observan el fenómeno de nuestro tiempo desde la literatura, la filosofía, el periodismo serio, la psicología, las neurociencias o la crítica estética. Por ello, más que ser yo quien reflexione, cito párrafos elocuentes de los que este texto se convierte en eco.

Vargas Llosa ha hecho un magistral análisis de lo que llama «la civilización del espectáculo», que es, para él, «un mundo donde el primer lugar en la tabla de valores vigente lo ocupa el entretenimiento, y donde divertirse, escapar del aburrimiento, es la pasión universal», en donde existe un «empobrecimiento de las ideas como fuerza motora de la vida cultural». «Hoy vivimos –dice– la primacía de las imágenes sobre las

ideas», en donde «la distinción entre precio y valor se ha eclipsado y ambas cosas son ahora una sola».

Pero Vargas Llosa no está solo. Escuchemos a Zygmunt Bauman: «La sociedad “moderna líquida” es aquella en que las condiciones de actuación de sus miembros cambian antes de que las formas de actuar se consoliden en unos hábitos y en rutinas determinadas. (...) La vida líquida, como la sociedad moderna líquida, no puede mantener su forma ni su rumbo durante mucho tiempo. (...) La vida en una sociedad moderna líquida no puede detenerse. (...) Lo que se necesita ahora es correr con todas las fuerzas para mantenernos en el mismo lugar. (...) La “destrucción creativa” es el modo de proceder de la vida líquida».

Alessandro Baricco ha acuñado un concepto entre cómico, agresivo y dramático para referirse a las nuevas generaciones que invaden al planeta. Las llama «los bárbaros». Dice Baricco: «Por regla general los bárbaros van donde encuentran sistemas de paso. En su búsqueda de sentido, de experiencias, van a buscar gestos en los que sea rápido entrar y fácil salir. (...) Les gusta cualquier espacio que genere una aceleración. No se mueven en dirección a una meta, porque la meta es el movimiento». Pero escuchemos el siguiente párrafo elocuentemente descriptivo de lo que hoy observamos en cualquier momento y en cualquier lugar cuando alguien navega en internet o «googlea» (verbo que, por supuesto, no existe todavía de manera oficial): «el gesto de *conocer* debe ser algo parecido a surcar rápidamente lo inteligible humano, reconstruyendo las trayectorias dispersas a las que llamamos ideas, o hechos, o personas. En el mundo de la red, a ese gesto le han dado un nombre preciso: *surfear* (...) ¿No veis la levedad de ese cerebro que está en vilo sobre la espuma de las olas? (...) Superficie en vez de profundidad, viajes en vez de inmersiones, juego en vez de sufrimiento».

Evidentemente esto debe tener consecuencias. Howard Gardner, eminente psicólogo, publicó un libro hace unos cuantos meses titulado *La generación App* (con doble pe, palabra también irremplazable): «Cómo es que hoy los jóvenes navegan su identidad, intimidad e imaginación en un mundo digital», en el que cita un hecho preocupante: «los jóvenes ahora están más enfocados en el manejo de su vida cotidiana que en desarrollar propósitos de largo plazo. Consideren que en 1967 el 86% de los estudiantes de secundaria dijeron que “desarrollar una filosofía de vida significativa” era “muy importante” o “esencial”, comparado con solamente un 46% en 2012».

Pero no es solamente en el mundo de las tecnologías de la comunicación, o el aparente mundo superficial,

como lo ha calificado Carr, donde encontramos estos rasgos, por demás interesantes. Escuchemos a Innerarity hablar de gobiernos, política, técnica, mercados financieros y medios de comunicación en estos tiempos: «Las nuevas tecnologías de la instantaneidad han propiciado una cultura del presente absoluto sin profundidad temporal. El origen de esta relación con el tiempo se encuentra en la alianza establecida entre la lógica del beneficio inmediato propia de los mercados financieros y la instantaneidad de los medios de comunicación».

En uno de sus libros recientes atractivamente titulado *Un mundo de nadie*, haciendo alusión a la globalización, se pregunta: «¿Cómo pensar y gobernar un mundo constituido por amenazas comunes y soberanías desbordadas? (...) un mundo que unifica en los ámbitos tecnológicos, económicos e incluso en determinados productos y estilos culturales, pero que se muestra especialmente analfabeto en cuanto su articulación política y jurídica. (...) Lo interesante de este giro de la historia es que ha modificado radicalmente nuestra manera de entender la articulación entre política y tecnología (...) Estábamos esperando que la política nos protegiera frente al poder de la técnica y ahora resulta que la política es reclamada para resolver los problemas generados por la debilidad de la técnica».

Parece que no hay duda. Estamos transitando por un punto de quiebre en la trayectoria de la humanidad, no sólo con la explosión científica, que ya sería mucho decir, sino con la «civilización del espectáculo», con esta «vida líquida», frente a la invasión de los nuevos «bárbaros» a quienes, debo decir a pesar de todo, tanto queremos todos. En fin, se trata de un mundo nuevo, muy pero muy diferente del que vivieron los habitantes decimonónicos que vieron nacer la Academia Nacional de Medicina.

Agrego ahora a nuestro entorno específico, el mexicano, y en el campo de lo político, la transición democrática en la que, como en cualquier infancia, los tropiezos son signo. Jamás en la historia de este país habíamos vivido estos vientos de cambio con tal impulso. Nunca como ahora desde la fundación de nuestra Academia.

Pero ¿hacia dónde nos está llevando todo esto y más?: el calentamiento global, el crecimiento poblacional, la urbanización, la deforestación, todo esto acelerado como nunca antes de manera que, si no cambiamos el rumbo muy pronto, por ejemplo la temperatura promedio del planeta, que durante los últimos 10.000 años ha oscilado alrededor de los 15 °C en promedio, aumentará hacia el final de este siglo entre dos y cuatro grados. ¿Es esto mucho o poco? Baste decir que «casualmente» la historia de nuestra civilización, la humana, la que ahora da nombre a la era en la que habitamos, el

Antropoceno, apareció sobre la Tierra justamente cuando la temperatura se estabilizó en este promedio. ¿Qué pasará con nosotros cuando por primera vez en los 10.000 años de nuestra historia, la NUESTRA, la oscilación traspase el rango ya milenario que nos ha permitido ser lo que somos y hacer lo que hemos hecho?

Habría que decir como el compositor chileno Julio Numhauser:

*Cambia lo superficial,
Cambia también lo profundo,
Cambia el modo de pensar,
Cambia todo en este mundo,*

*Cambia el clima con los meses y los años,
Cambia el pastor su rebaño,
Y así como todo cambia,
Que cambie yo no es extraño.*

En la Academia estamos en permanente adaptación al entorno: contamos desde el año pasado con la capacidad de transmisión de nuestras sesiones y eventos en alta definición, con un boletín electrónico interno y a partir de ahora con una nueva página en internet. Nos encontramos también en proceso de remodelación de nuestras instalaciones.

Pero más importante que la adaptación tecnológica y física, es fundamental la preservación de nuestro liderazgo intelectual. ¿Cuál podría ser entonces el papel de la Academia Nacional de Medicina en este contexto de velocidades desbordantes?

Éste es tiempo de fomentar intersecciones, de abrir las mentes, de producir interacciones con muchas otras profesiones aunque parezcan distantes de la nuestra. Seguramente tienen mucho que aportar. Ya nadie puede saber todo de todo. Ya nadie debe aspirar a ello. Si hablamos de promover salud, no hay más opción. Ello implica una importante, aunque rigurosa, apertura.

Bienvenidos los tiempos en los que cada vez habrá más mujeres en nuestras filas. Su aportación es invaluable. Lo demuestran con hechos desde hace ya mucho. Ejemplos notables son las trayectorias de cada una de ellas. Signo de estos tiempos es contar con la presencia de la Dra. Mercedes Juan, nuestra primera Secretaria de Salud de quien hace un año dije que obtuvo a pulso la posición, y lo ha ratificado desde entonces.

En este despegar de nuestra democracia se hace indispensable, como nunca antes, asumir nuestro papel de cuerpo consultivo del Gobierno Federal. No hay duda. Hoy los espacios para la participación de la sociedad civil están abiertos, hecho que hace justicia,

por cierto muchos años después, al sueño del Presidente Madero, quien nos asignó tal encargo en 1912. Por ello hemos incrementado la producción de nuestros documentos de postura y, desde el año pasado, hemos establecido el «Programa de Análisis y Propuestas sobre Grandes Problemas Nacionales de Salud», con el respaldo invaluable del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología. El programa está integrado por dos componentes centrales: la realización de encuentros internacionales que provoquen intercambios creativos y la elaboración de documentos de postura con base en evidencia científica que concreten recomendaciones de política pública. No tengo duda de que este programa responde a la vocación de la Academia de contribuir con México de la manera más pertinente a este proceso democratizador.

Aquí se congregan quienes con su vida cultivan la ciencia, la producción de conocimiento de frontera. Difundirlo debe seguir siendo mandato, más ahora que esa producción avanza con una rapidez inaudita.

En los tiempos de la superficialidad con cambios a tal velocidad habrá que preservar la profundidad. Hemos sido y debemos seguir siendo defensores a ultranza de los más altos valores de médicos y pacientes. Sólo con la profundidad que da la consciencia de la naturaleza humana a cabalidad es posible preservarlos. Esto ha sido, es y será absolutamente irrenunciable, por difícil que parezca ahora cuando parece que se trastoca la vida. No cederemos los espacios de la ética, la bioética, el humanismo y el más profundo respeto hacia los demás. Es ello, justamente, lo que permitirá que los demás nos respeten como a todos nuestros antecesores desde nuestros fundadores.

Seguro estoy de que al adaptarnos constantemente a estos nuevos horizontes a través de abrir, rigurosamente repito, nuestros espacios en búsqueda de intersecciones e interacciones, mediante nuestros documentos de postura, difundiendo el estado del arte en nuestros campos de conocimiento y defendiendo siempre los más altos valores, la Academia seguirá proyectando su razón de ser.

Celebramos, por ello, nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro. Lo haremos en cuatro áreas: científica, editorial, cultural y social. Para ello, hemos constituido un Comité Coordinador de las Celebraciones del Sesquicentenario encabezado por el Dr. Carlos Varela Rueda, apoyado en cada área por el Dr. Raúl Carrillo Esper, el Dr. Alberto Lifshitz, el Dr. Germán Fajardo Dolci y el Dr. Julio Sotelo, quien recientemente ha ocupado la posición que dejara como responsable del área cultural el Dr. Emilio García Procel. Aprovecho

este momento para rendir tributo a su memoria. El Dr. García Procel fue uno de los académicos más dedicados a nuestra Corporación en quien siempre reconocimos una gran bonhomía. Nos dejó justamente el primero de enero de este año, como si con su partida hubiese acentuado el motivo de nuestra celebración: recordar a los grandes hombres que han dejado huella en nosotros.

Concluyo ahora con una cita de Gabriel García Márquez. En los últimos años del siglo pasado dijo, a propósito de los años transcurridos en aquella centuria: «Hemos perdido en cien años las mejores virtudes humanas del siglo XIX: el idealismo febril y la prioridad de los sentimientos: el susto del amor».

Si como humanidad así ha ocurrido, las estelas de nuestra corporación en el tiempo atestiguan nuestra perenne convicción por preservar siempre lo uno y lo otro: el más alto idealismo y los más virtuosos sentimientos. Hemos de sentirnos profundamente orgullosos, como académicos y como sociedad, por estos 150 años de historia, por lo que la Academia Nacional de Medicina de México es y será.

Por esto, vuelvo entonces al origen:

Celebración*

*Tiempos que concurren
historia del presente que encuentra su pasado
remoto crujir de yerbas en la tierra
caminante*

*futuro del pasado
presente del futuro
agua que fluye sin retorno
distante*

*hoy ocurren y concurren
presente eterno
tiempos de reloj de estalactita
constante*

*caminante, distante, constante
tiempo de los tiempos
fugaz
perseverante*

En esta conjunción deliberada de los tiempos, sean todos bienvenidos al inicio del centésimo quincuagésimo primer año académico, y bienvenidos también a la celebración de nuestra trascendente fundación.

*«Celebración», Enrique Ruelas Barajas.